

LITERATURA NACIONAL. CUADROS DE COSTUMBRES

*Fidel**

No es mi ánimo sacar en este artículo a luz mi erudición periodística, citando a Addison, martirizando a Jouy y aventurando magistrales comentarios al inmortal *Fígaro* y al sesudo Mesonero Romanos.

Los cuadros de costumbres son hijos legítimos del periodismo, como la empleomanía de las revoluciones; mejor dicho, el primitivo pensamiento filosófico degeneró en una especie de comodín para llenar las insaciables columnas de un periódico. De ahí nacieron esa multitud de artículos estrambóticos, caracteres, tipos, reseñas y bosquejos; de ahí se criaron recursos para acallar las exigencias del cajista y del editor desinteresado y filántropo.

Los cuadros de costumbres en todos los países ofrecen dificultades, porque esas crónicas sociales, sujetas al análisis de todas las inteligencias, esos retratos vivos de la vida común, que pueden calificarse de una sola ojeada, comparándolos con los originales, requieren de sus autores observación prolija y profunda del país en que escriben, tacto delicado para presentar la verdad en su aspecto más risueño y seductor, y un juicio imparcial, enérgico y perspicaz, que los habilite para ejercer con independencia y tino la ardua magistratura de censor.

Si en todos los países, repetimos, ofrecen dificultades estos trabajos morales y literarios, en México más por razones que se palparán a primera vista. Una generación nueva, europea, de lo más atrasado de Europa, vino a injertarse con la punta del sable conquistador en otra sociedad, si bien civilizada a su manera, es forzoso confesarlo, semibárbara y hasta cierto punto heterogénea con la raza invasora.

Los españoles planteaban la religión como recurso político para asegurar su conquista; no se valieron del cristianismo como un medio civilizador para regularizar las costumbres de la comunidad.

De ahí es que entre el español o criollo y el indio mediaron casi siempre las relaciones del señor y del esclavo, del caballero y su corcel.

Sea por espíritu orgulloso e intolerante de dominación, sea por una mera política, los españoles convertían al criollo en extranjero en el que llamaba su país, inspirándole ideas de superioridad sobre la clase abyecta a quien debió unirse desde el principio con lazo fraternal.

Por otra parte, el indio se convencía de su inferioridad y abatimiento, y aun las imágenes cristianas, sustitución ideal y sublime de su culto grosero, eran otros tantos

* *Fidel* [Guillermo Prieto], «Literatura nacional. Cuadros de costumbres», *Revista Científica y Literaria*, I (1845), pp. 27-29.

<http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a40c?intPagina=30&tipo=publicacion&anio=1845&mes=01&dia=01>

monumentos que en la tiniebla de su superstición los hacían aparecer como verdugos cuando combatían contra las banderas españolas.

Causa profundo sentimiento recorrer la historia y ver citado como auténtico que Santiago, la Virgen de Guadalupe, la de los Remedios y otros santos aparecieran en medio de las huestes de Cortés y Alvarado: el primer santo como Atila, hollando a sus contrarios con su bridón inteligente y cruel, y a la Virgen símbolo inefable de ternura, cegando a los indios con tierra en calor de la pelea.

Esta diversidad aun en la creencia, la que existía en las costumbres y el idioma, y la separación que zanjó más y más la soberbia castellana, hacían que en el desarrollo de las razas sus intereses permanecieran disímbolos y que fueran sus afecciones hipócritas y superficiales.

Esta diferencia caracterizó desde tiempo inmemorial la sociedad mexicana, presentando sobre las ruinas recientes del pueblo azteca el reflejo colonial, descolorido y monótono durante tres centurias.

De aquí nació que los restos de la antigua historia se exhumasen por una que otra mano inteligente, para colocarse como los ídolos de barro, en un museo y en las librerías de una parte reducidísima de hombres ilustrados.

Como hemos dicho, esta fracción criolla no tenía existencia propia: vivía con el aire de España, descubría su cabeza al nombre del monarca de ambos mundos, y con los escombros de los templos y palacios de los aztecas edificaba las casas feudales a los risibles aristócratas que se improvisaban de este lado de mar.

La literatura pudo haber conservado ese sacerdocio recogiendo las reliquias de un gran pueblo que zozobraba en el dominio rudo de los hijos de Pelayo, pero la literatura era un eco de España y la historia hasta el siglo XVIII, y por decirlo así, conspirando oculta para inquirir la verdad, apareció en extraño clima a la sombra de Clavijero, del diminuto Cavo y de otros.

Hubo uno que otro ingenio esclarecido que, como Góngora y Alzate, quisieron pertenecer a su país, pero era tan reducido su número, tan indiferente su auditorio, que algunos más se conocían en ultramar que en México, en donde más de una vez su talento les preparó una especie de ostracismo, como sucedió a Gamboa y a Portilla.

Volviendo a mi objetivo diré que, siendo los que hoy nos llamamos mexicanos una raza anómala e intermedia entre el español y el indio, una especie de vínculo insuficiente y espurio entre dos naciones sin nada de común, su existencia fue vaga e imperfecta durante tres siglos.

La historia de los indios, vista con tanta indiferencia por la mayoría, quedó virgen y estacionaria en algunos archivos de conventos y algunos gabinetes de recónditos sabios; arrojamos indolentes o despreciadores al olvido ese tesoro de ciencia y poesía que después han explotado con más o menos éxito observadores extranjeros, y rompimos ese vínculo con el que, aunque de un modo puramente ficticio, podíamos enlazarlos con los que después, a la luz sublime de la libertad, llamamos de un modo verdaderamente irrisorio nuestros hermanos.

Nuestro periodo colonial fue de marasmo y vergüenza, sin costumbres, sin idioma, sin nada propio; conjunto de hipocresía y de avaricia, de insuficiencia y petulancia. Es más bien el suelo que la vida, más la vegetación que la existencia.

Entonces promover cualquier cosa que se pudiese llamar nacional hubiera sido una tentativa revolucionaria. El espionaje organizado por abuso del confesonario penetraba hasta el hogar doméstico. La mano de hierro de la política, a un tiempo sutil y conciliadora, hacía insegura y trabajosa la respiración de todas las clases, y el ojo de buitre del fanatismo, asomado por entre las verjas de la Inquisición, era una amenaza para el pensamiento y un anatema que nos seguía implacable más allá de la tumba.

El grito sublime de independencia parecía habilitarnos para configurar como nación, amalgamar todos los intereses, robustecer y confirmar las creencias de una sociedad nueva en un mundo virgen y espléndido, revelado a las sociedades caducas, a la luz de la gloria y en pro de la causa sacrosanta de la humanidad. Como nuestro objeto no es político, por eso no preguntaremos: ¿adónde está esa raza de héroes? ¿Por qué se han frustrado tantas esperanzas, por qué se desvanecieron tan dulces ilusiones? ¿Por qué donde existió un bosque de laureles hay solo fango y sangre que dejó en pos de sí la discordia fratricida?...

La potencia popular era nula, su soberanía ficticia, en los destinos sociales se ha ejercido una especie de monopolio, y nosotros con pocas diferencias, por impericia, por desdén o por corrupción, continuamos siendo extranjeros en nuestra patria.

Los cuadros de costumbres eran difíciles, porque no había costumbres verdaderamente nacionales, porque el escritor no tenía pueblo, porque solo podía bosquejar retratos que no interesasen sino a reducido número de personas.

¿Cómo encontrar simpatías describiendo el estado miserable del indio supersticioso, su ignorancia y su modo de vivir abyecto y bárbaro?

Nosotros, causa de sus males, nos avergonzamos de su presencia, creemos que su miseria nos acusa y degrada frente al extranjero. Sus regocijos los vemos con horror, y su brutal embriaguez nos produce hastío...

El resto de las costumbres españolas también lo ocultamos con vergüenza: mientras el anciano venerable de una familia representa el célebre *castellano viejo* de *Fíguro*, el niño mimado de la casa es un *lion* parisiense almibarado e ignorante, cuyo delicado tímpano, acostumbrado a oír mentar los *boulevards* y los *Champs-Élisées*, se heriría a los nuestros de *Ixtacalco* y *Santa Anita*. Esta es la causa de la rechifla en contra de los que, conociendo la noble misión de formar una literatura nacional, se hayan referido en sus composiciones a los objetos que tenían ante los ojos.

¿Quién no llama ordinario y de mal tono al poeta que quisiese brindar a su amada *pulque* en vez del néctar de Lico? ¿Quién no se horripila con la pintura de una china a la vez que aplaude ciego a la *manola* española, y recorre con placer los cuadros espantosos de Sue, refiriéndose a aquella familia nauseabunda de Bras Rouge y de la Chouette? ¿Será culpa de los escritores hallar en una mesa el *pulque* junto al *champagne*, y en un festín el *mole de guajalote* al lado del suculento *rosbeef*? ¿Será su culpa que, en vez de la *Marsellesa*, de *Dios salve al rey*, y de todos esos himnos que formulan el regocijo o la plegaria solemne de un pueblo, no tengamos verdaderamente nuestro más que el alegrísimo *jarabe*? La vergüenza es para nuestros gobiernos, que aún no saben formar un pueblo, para muchos de nuestros hombres, que desdeñan pertenecer a su pueblo. El escritor cumple, porque mientras más repugnante aparezca su cuadro, será más benéfica la lección que encierre.

Esos críticos espantadizos y niños que ven la superficie de las cosas, que lloran de rabia contra el escritor que habla en Santa Anita de *juiles* y *canoas* porque no ve ni sardinas ni góndolas, que no puede hacer que sus actores sean Rugieros ni Petros porque son y se llaman Juan Antonio o Pedro José; esos fulminan sus rayos contra el escritor de costumbres y le agobian con sus insolentes sarcasmos.

Hay otro inconveniente: el número de las personas que en México lee es reducido, las costumbres comunes a ciertas personas se conocen al momento, y la poca frecuencia de leerse estos escritos hace que se crean llenos de alusiones personales.

Esta sin duda es la causa de que los hombres dotados de más elevado ingenio hayan sobresalido o en las ciencias en el siglo pasado o en la poesía religiosa, y que ni los artistas ni los sabios presenten nada verdaderamente nacional.

Este juicio público extraviado ha hecho que la literatura dramática haya sido nula, porque poetas como Alarcón y Gorostiza más pertenecen a España que a nosotros. Soria buscaba sus asuntos en la historia y las vidas de los santos, y Calderón revolvía las crónicas extranjeras para poner en escena sus generosos paladines.

¿Qué sucedió a Rodríguez? Que el solo nombre de *Tezozómoc*, puesto a uno de sus personajes en *El privado*, arrancaba risadas de burla y desprecio.

Sin embargo, se aplauden con furor miles insustanciales *vaudevilles* y otras obras de *panelucrando* de poetas españoles. Pero no por eso debe desmayar el escritor de costumbres: sus cuadros algún día serán como las medallas que recuerdan una época lejana. Serán como las señales que haya ido dejando la sociedad al internarse en el laberinto de las revueltas políticas, y que marcaron un día su punto de partida. Serán como el tesoro guardado bajo la primera piedra de una columna, que recuerda a las edades futuras el nombre de la generación que ya no existe.

Si la primera de nuestras necesidades, como yo creo, es la de la morigeración social, si el verdadero espíritu de una revolución verdaderamente regeneradora ha de ser moral, los cuadros de costumbres adquieren suma importancia, aunque no sea más que poniendo a los ojos del vulgo, bajo el velo risueño de la alegoría y entre las flores de una crítica sagaz, este cuadro espantoso de confusión y desconcierto que hoy presentamos.

Entonces el escritor de costumbres, auxiliar eficaz de la historia, guardará el retrato del avaro que se enriqueció con las lágrimas del huérfano; entonces la caricatura del rastrero aspirante será una lección severísima; y el chiste cómico derramado en la pintura de esos enlaces mercantiles y disímbolos influirá en la ventura doméstica.

Si en ese estilo, que parece insustancial y grosero, pintamos nuestras revueltas, sus resortes secretos, los móviles recónditos del patriotismo fermentado, nos aterrarían esas revelaciones, y el toque del pincel del artista vestido de arlequín sería como la mano de *Homodey* puesta sobre el hombre de *Ezzelino de Romano* al advertirle su nombre verdadero.

Cierto es que para esto se necesitaba la pluma de *Fígaro*; pero estos hombres no nacieron en la cuna de las sociedades, y mucho avanzan los que abren una senda, por más que el buen éxito no corone sus esfuerzos. Esto es más noble que en México, donde lo que existe en la literatura, bueno o malo, con pocas excepciones, lo decimos con orgullo, es obra de los esfuerzos aislados de una juventud eminentemente patriótica y generosa.

Donde el joven que se lanza a una nueva vía, por mal que lo haga, puede ponerse frente a frente a sus críticos y preguntarles: ¿quién lo hace mejor? ¿Cuál es la herencia que nos legaron nuestros mayores? ¿Qué han hecho esos hombres que solo murmuran y se llaman a sí mismos los luminares de la nación?

Por hoy nadie ha sobresalido en el difícil género de costumbres. Su novedad, las pocas afecciones que tiene, dependen tal vez de la poca habilidad de los escritores, de sus descripciones sin vida, de sus episodios pueriles, de sus gracias insípidas y de mal gusto; pero ellos han comenzado y deben proseguir en su honrosa tarea, hasta el día que, deponiendo sus plumas humildes ante un ingenio rival de Jouy y de Mesonero, al retirarse del escabroso sendero puedan decir satisfechos: «Nuestros trabajos se dirigieron al bien. Este es nuestro premio. Recoge tú los lauros de gloria que en vano buscamos en la senda que nosotros pisamos los *primeros* en nuestro país».